

La libertad, ¿un lejano recuerdo?

Conferencia pronunciada ante la Asociación Madrileña de la Empresa Familiar (AMEF)

23 de septiembre de 2021

Fernando del Pino Calvo-Sotelo

Como le dijo Enrique VIII a cada una de sus seis esposas, no os retendré mucho tiempo.

Hace unos años un amigo me recomendó el libro de un filósofo coreano que comienza con una frase estremecedora: “La libertad ha sido un episodio”¹. Por si no resultara suficientemente elocuente, el autor aclara a renglón seguido: “episodio significa «entreacto»”. “La libertad ha sido un episodio”, así, un frío y cortante pretérito perfecto: ¿será verdad?

Vivimos una época turbulenta y, en muchos aspectos, oscura, pues sufrimos una peligrosa deriva que está estrangulando nuestra libertad, apretando el lazo poco a poco, sofocándonos cada vez más. De hecho, estamos siendo testigos y víctimas de una *Blitzkrieg* o guerra relámpago en la que en muy poco tiempo se ha producido una ofensiva muy agresiva de agendas de poder totalitarias que no sólo pretenden cambiar el orden social, sino sobre todo cambiar al propio ser humano por la fuerza a través de la mentira que niega su verdadera e inmutable naturaleza. Digo por la fuerza porque la mentira siempre requiere de la violencia y está indisolublemente unida a ella, como enfatizaba Solzhenitsyn, superviviente del Gulag comunista. Cambiar al ser humano, fabricar un ser humano de diseño carente de libertad, es el sueño de todas las utopías destructoras de la humanidad que hemos sufrido desde el siglo XX y que se alimentan de Rousseau y de su creencia en el “buen salvaje” pervertido por estructuras sociales erróneas, creencia de la que se deduce que el hombre no tiene una naturaleza caída y es recreable a gusto de otros hombres, incluso en su naturaleza más íntima y sustancial. Al basarse en que el hombre es recreable por el hombre, la raíz de esta ofensiva es la negación de la antropología cristiana, esto es, de la idea de un hombre-criatura creado por un Dios-Creador con el precioso don de la libertad.

Esta libertad está indisolublemente unida a la verdad, esto es, a la realidad, porque si no conocemos la realidad, si no conocemos y reconocemos la verdad, ¿cómo podremos elegir libremente? De ahí que quienes buscan esclavizar al hombre busquen también oscurecer y tapar la verdad. Esta ofensiva contra la libertad y contra la verdad se ha acelerado en los últimos años y ataca simultáneamente muchos flancos aparentemente inconexos. Por ejemplo, es objetivo prioritario el constante ataque a la familia, última línea de defensa del individuo, única fortaleza capaz de defender a sus miembros más débiles del Leviatán estatal gracias a los indestructibles lazos del amor y la naturaleza. En este ataque a la familia se encuadra en primer lugar el aborto, probablemente la cuestión moral más relevante de nuestro tiempo. Así, en un debate, una defensora del aborto le espetó a Jérôme Lejeune, médico y científico francés descubridor del origen cromosómico del Síndrome de Down, amigo de san Juan Pablo II y férreo defensor de la vida: “Lo que queremos es acabar con la civilización judeocristiana. Para ello debemos acabar con la familia, y por eso empezamos por el más débil, el que aún no ha nacido”. Pero también caben las políticas que, desde la Educación (que el Estado ha tomado por la fuerza), persiguen pervertir a los más pequeños, o la imposición coercitiva de la ideología de género negadora de

¹ Psicopolítica, Byung Chul-Han, Herder 2014

la sexualidad biológica (que ningún científico pondría en duda), que se apoya en un subjetivismo tan extremo que acaba en la destrucción de la lógica; o aquéllas que fomentan que se dinamiten los puentes en matrimonios y parejas en dificultades, como el divorcio exprés; o aquéllas que alimentan la permanente lucha de sexos, cuyos autores son muchas veces los mismos que preconizaban una lucha de clases bajo idéntica dialéctica de la explotación y el odio y que, contrariamente a sus falsas promesas de paz y felicidad, sólo trae conflicto y amargura.

En paralelo al constante acoso a la familia, el ataque a la libertad de pensamiento, opinión y expresión está adaptando tintes orwellianos a una velocidad de vértigo. Pongamos varios ejemplos. Uno de ellos es la progresiva unanimidad mediática, sólo comparable a la de la prensa soviética tanto en uniformidad como en escaso respeto a la verdad. Hay asuntos en que prácticamente ni un solo medio ofrece el mínimo resquicio a posturas diferentes a las de la corrección política, sea en ideología de género, cambio climático, covid o el extraño tabú de las vacunas, reflejo de una sociedad aterrorizada y supersticiosa. De este modo, en España existe una prensa que discrepa superficialmente sobre ese teatro que es la cansina y artificial disputa política, pero que se ha transformado en realidad en prensa de régimen respecto a las grandes cuestiones culturales, sociales o globales. La censura, tan criticada cuando se producía en tiempos de la dictadura franquista y tan aceptada si se producía en tiempos de la Segunda República, ha vuelto con una fuerza y una violencia inusitadas ante la impasibilidad general y el aplauso de las *tricotouses*. De hecho, puede afirmarse sin exagerar demasiado que la prensa libre e independiente en España agoniza, con escasísimas excepciones (la principal de las cuales es el diario *Expansión*, donde escribo desde hace ya una década). La censura es particularmente basta y violenta en las redes sociales, propiedad de megalómanos generalmente entregados al lado oscuro, y en sus satélites mediáticos, esto es, esos chiringuitos ampulosamente llamados *fact-checkers* o verificadores cuya censura, en una increíble inversión de roles, casi garantiza la verosimilitud de la noticia censurada si ésta se refiere a los grandes dogmas imperantes.

Por último, está calando entre la población la peor censura de todas, invento de los regímenes comunistas del siglo pasado: la autocensura, que provoca que la gente se abstenga de expresar sus opiniones reales en público por miedo. En este sentido, las redes sociales antes mencionadas son un peligroso coadyuvante de esta autocensura, pues están reeducando al individuo al exacerbar adrede la dependencia del qué dirán y del qué pensarán mediante el juego del palo y la zanahoria: el palo de la persecución inmisericorde del disidente y la zanahoria de una popularidad y de una admiración tan falsas como efímeras. Desde el punto de vista psicológico, el refuerzo intermitente que alterna el refuerzo positivo del aplauso con el refuerzo negativo de la crítica genera una dependencia enfermiza cuyo objetivo es domesticar al hombre mediante la instrumentalización de su natural gregarismo, y conduce a la tiranía de la opinión pública que tan bien fue descrita por Tocqueville hace casi dos siglos. Las redes sociales, por cierto, también están provocando otros efectos adversos, como es la creación de fortísimas adicciones, la destrucción del pudor que protegía al individuo, la disminución de la capacidad de atención y la promoción de la frivolidad, lo que contribuye a conformar seres claramente menos inteligentes, menos libres (un adicto, por definición, no es libre) y mucho más manipulables, o sea, los súbditos ideales con los que sueña cualquier déspota.

Por último, estamos sufriendo un paulatino deterioro de la libertad personal y de empresa, del estrechamiento gradual de los ámbitos de libertad en los que podíamos movernos sin necesitar del permiso de nadie. En efecto, la restricción de la libertad en este sentido es proporcional al aumento del número de administraciones, de políticos y de burócratas, y del sinnúmero de normas sacadas de la chistera por éstos en los momentos en que encuentran

tiempo para trabajar, entre descanso y descanso. Aunque esta involución de la libertad producida por la metástasis del poder es global, España es un ejemplo más claro que otros países al haber recuperado la libertad política tras la dictadura franquista hace relativamente poco. ¿Es nuestra libertad personal y empresarial mayor o menor que en los años 60 o 70 del siglo pasado, en plena dictadura? Sorprendentemente, la respuesta no es ni mucho menos evidente. Es más, en muchos campos no me cabe la menor duda de que hoy disfrutamos de mucha menor libertad personal (no política) que entonces, pues el Estado Leviatán nos ha ido maniatando de tal modo que el número de movimientos libres de ataduras que podemos realizar es hoy mucho más reducido. De hecho, a veces le asalta a uno el inquietante pensamiento de que la libertad política ha sido la anestesia mediante la cual nos han ido robando nuestra libertad personal sin que sintiéramos dolor; o la distracción creada por los trileros para escamotearnos lo que era nuestro; o el hechizo que nos anula la voluntad para que permitamos el abuso de poder al que nos están sometiendo sin llegar a balbucear protesta alguna. En palabras del Profesor Dalmacio Negro, “el Estado Providencia reconoce una ilimitada libertad política formal que le sirve de coartada para legitimarse ritualmente, principalmente mediante el voto, mientras socava y destruye las demás libertades.”² Bertrand de Jouvenel, en su magna obra *Sobre el Poder*, publicada en 1945, lo expresaba con la fuerza, la belleza y la sencillez que acompañan la verdad: “Cuando preguntamos dónde está la libertad se nos muestra una papeleta de voto (...), y en eso, se nos dice, consiste nuestra libertad. ¡Pura falacia! La libertad no consiste en nuestra participación, más o menos ilusoria, en la soberanía absoluta del todo social sobre las partes, sino que es la soberanía directa, inmediata y concreta del hombre sobre sí mismo, que le permite desplegar su personalidad, le confiere el dominio y la responsabilidad de su destino, le hace responsable de sus actos hacia el prójimo, dotado de un derecho igual que tiene que respetar, y hacia Dios, cuyos mandamientos cumple o transgrede”³.

A esto se añade el paulatino crecimiento de la fiscalidad con nuevos e imaginativos hechos imponibles de los que los impuestos verdes son un disparatado ejemplo, fiscalidad en ocasiones confiscatoria y que “no aspira al despojo extralegal, sino legal”, en acertada expresión de Bastiat, bajo las coartadas aparentemente loables del Estado Providencia. En efecto, no debemos olvidar que el mal se suele disfrazar de bien para resultar atractivo. En el siempre sugerente y pedagógico *Libro del Génesis*, escrito hace quizá 3.500 años, vemos con claridad que, desde el principio de los tiempos, el mal engaña presentándose siempre como algo aparentemente atractivo. Así, Eva “vio que el árbol era apetitoso para comer, agradable a la vista y deseable para adquirir discernimiento”. Por tanto, siempre existirán bonitos argumentos para justificar la fiscalidad depredadora que sostiene al gigantesco Estado Providencia. Así, resulta muchos más estético defender que se aumentan los impuestos para mantener los hospitales, los colegios y las pensiones (como repiten de corrido los políticos) que decir que los impuestos realmente sirven para sostener el corrupto sistema de compra de votos que mantiene a los políticos en el poder mediante promesas irrealizables que están basadas, en última instancia, en la exaltación de pasiones como la envidia (el único desorden del alma inconfesable, según Plutarco), la codicia de bienes ajenos (un Mandamiento olvidado hoy incluso dentro de la propia Iglesia) o la pereza. Presentado en toda su desnudez, este sistema es en el que, en mayor o menor medida, ha degenerado la mayoría de democracias occidentales de manos de los demagogos de todos los partidos. Como nos previno Aristóteles hace 2.300 años, las democracias degeneran en tiranías por “la falta de escrúpulos de los rastreros demagogos”, que aparecen como setas en otoño en los sistemas en decadencia aprovechando que el ciudadano

² *La Tradición Liberal y el Estado*, Dalmacio Negro p. 250 (Unión Editorial, 2011)

³ *Sobre el Poder*, Bertrand de Jouvenel, Unión Editorial 2011

se acomoda y olvida que el poder supone siempre una amenaza latente para su libertad, pues tiende a destruir la moral y la capacidad de juicio de quien lo ejerce. Como escribió un pensador francés a finales del s. XIX, “aunque parezca tender hacia el bien de los individuos, el Estado trabaja sobre todo para el Estado. (...), pues, al acostumbrar al ciudadano a dirigirse a él para implorar un texto de ley, un reglamento de administración pública, una ordenanza policial, con sus aparentes concesiones lo ata con lazos de dependencia y sujeción”⁴. Obviamente, cualquier sociedad civilizada tiene la obligación de proteger y sostener a sus miembros más débiles, aquellos que no pueden hacerlo por sí mismos, siempre una minoría de la sociedad que la Biblia retrata, de forma simplificadora pero elocuente, como “viudas y huérfanos”. Sin embargo, la naturaleza supuestamente altruista del Estado de Bienestar democrático es exactamente la opuesta: a cambio de su voto, dirige todos sus mimos y cuidados, como manzana envenenada, a la mayoría perfectamente capaz de ganarse su pan, y desprecia a las minorías abandonadas que considera inútiles para perpetuarse en el poder. Particularmente abandonados son aquellos que no pueden votar, como los niños, y aquellos que no tienen voz, como los nasciturus. De ello daba fe Jouvenel: “En esta lucha por el poder que es la democracia, los que no están representados se ven forzosamente aplastados. Así, se presta escasa atención a los niños, que no votan, y se sacrifica todo aquello que afecta a su bienestar”. Un ejemplo claro lo vemos hoy en día en las maltratadoras medidas covid que se mantienen en los colegios contra toda lógica científica.

No podemos obviar que un síntoma de la constante erosión de la libertad lo tenemos en poderes políticos cada vez menos constreñidos por el imperio de la ley y cada vez más impunes cuando la vulneran. En España tenemos recientemente el caso de los ilegales estados de alarma decididos por el gobierno y aprobados por todo el arco parlamentario (menos un partido). ¿Le ocurrirá algo a los responsables de haber eliminado ilegalmente y de un plumazo nuestros derechos y libertades básicas? Absolutamente nada. Sin embargo, si cualquiera de nosotros dejamos de pagar una estúpida multa de tráfico o incumplimos la menor norma sea por olvido, desconocimiento o dolo, el peso de la ley cae sobre nosotros sin piedad. Esta cruzada de límites de los poderes políticos bajo la coartada de la epidemia supone un peligrosísimo precedente que, sin embargo, la población no está captando como tal. Si la ley ya no nos protege de la violencia del poder, ¿quién lo hará? Y si los gobernantes se saltan las normas sin pagar las consecuencias de sus actos, ¿acaso no estamos creando un sistema de incentivos perverso que conduce poco a poco a la tiranía mediante prueba y error? Si nuestros derechos más fundamentales no son inalienables sino circunstanciales y pueden suspenderse ad hoc según las circunstancias (por ejemplo, una epidemia), ¿qué nos queda?

El poder es necesario porque sin obediencia y jerarquía no hay orden ni sociedad posible, pero el ejercicio del poder depende de “criterios externos de verdad y moralidad, y en especial de criterios de justicia, que entrañan la importante peculiaridad de que no se encuentran a la libre disposición de quienes ejercen el poder”⁵. Sin verdad, moralidad y justicia, el poder queda privado de legitimidad.

Bien, ya hemos descrito a las fuerzas hostiles invasoras. Pero ¿qué ocurre en el otro bando? ¿Dónde están los defensores de la libertad? ¿Por qué está ganando terreno el enemigo con tanta facilidad? La explicación dista mucho de ser sencilla. En los años de la Transición, cuando despertábamos con la inocencia de un niño a las primeras elecciones democráticas, un

⁴ L’Idée de l’État, Paris 1898, Henri Michel, cit. en Sobre el Poder, B. Jouvenel, Unión Editorial 2011

⁵ Cristianismo y Laicismo, M. Rohnheimer (Rialp, 2019), cit. por M. A. Gallo (El Poder en la Empresa, 2016).

conocido humorista decía: “Al que no quiera ser libre, le obligaremos a ser libre”. Sin embargo, a nadie se le puede obligar a ser libre, y tampoco podemos dar por sentado que el ser humano ame la libertad, puesto que la libertad lleva aparejada la responsabilidad, y eso ya no resulta tan atractivo: responsabilidad para ganarme la vida para mí mismo y para mi familia; responsabilidad para equivocarme y aceptar las consecuencias de mis actos; responsabilidad para no culpar a los demás de mis propias equivocaciones, con fidelidad a la verdad, que siempre es fuente de justicia (dar a cada uno lo suyo); responsabilidad para cumplir con la palabra dada y hacer las cosas bien. Por eso, el camino elegido por el nuevo totalitarismo es proponer el fin de la responsabilidad. El nuevo hombre ya no sería responsable de sus actos, desde los padres del nasciturus abortado, que se lavan las manos, hasta el adulto-niño, esa figura creada por el Estado de Bienestar que promete proveer con subvenciones y privilegios independientemente de que uno quiera trabajar mucho, poco o nada, de que uno decida ahorrar o dilapidar o de que una empresa tenga beneficios o pérdidas por estar bien o mal gestionada o por ofrecer bienes y servicios demandados o no por la sociedad. Naturalmente, la aparentemente atractiva eliminación de la responsabilidad que propone este Estado Leviatán es un contrato que lleva aparejado la subrepticia pérdida de la libertad, pero esa parte del clausulado se mantiene secreto. Dentro de este rechazo a la responsabilidad se incluye el cómodo e infantiloides rechazo a la responsabilidad de pensar por uno mismo, lo que implica la ciega y sumisa obediencia a lo que determine “la autoridad” en cada momento, aunque se oponga a la razón o a la moral. Este abuso del principio de autoridad lo estamos viviendo en asuntos tan dispares como el cambio climático antrópico o la epidemia.

Que el ser humano ha buscado inútilmente un atajo para tener libertad sin responsabilidad es tan antiguo como la propia naturaleza humana. Una vez más tomo el Génesis. El diálogo de Dios con Adán y Eva tras el pecado original muestra claramente la tendencia del hombre a intentar dissociar libertad de responsabilidad. Cuando Dios le pregunta a Adán, criatura libre, sobre sus actos: “¿Acaso has comido del árbol que yo te prohibí?”. El hombre respondió: «La mujer que pusiste a mi lado me dio el fruto y yo comí de él». El Señor Dios dijo a la mujer: «¿Cómo hiciste semejante cosa?». La mujer respondió: «La serpiente me sedujo y comí» (Gen, 2, 11-13). Es decir, que la culpa siempre es de otro.

Por lo tanto, la noción de que la libertad, al estar unida inexorablemente a la responsabilidad, es menos popular de lo que creemos resulta imprescindible para comprender el porqué de esta deriva. Volvamos a la sabiduría bíblica para ver otro temprano pero esclarecedor ejemplo. Moisés había liberado al pueblo judío de la opresión de los egipcios con la ayuda de Dios, que había escuchado “los gritos de dolor provocados por sus capataces”, pues los israelitas “gemían en la esclavitud” (Ex. 2-3). No, la vida del pueblo judío en Egipto no debía ser muy agradable. Y, sin embargo, pocas semanas después, una vez destruido el ejército del faraón en el mar Rojo, el pueblo judío comenzó a murmurar contra Moisés ante las dificultades de la travesía del desierto, pues descubrieron que el fruto de la libertad no es la ociosidad y la inexistencia de dificultades, sino el esfuerzo y el sacrificio para vencerlas; no consiste en huir de la realidad cuando ésta no es agradable, sino en afrontarla de cara desde la fidelidad constante a la verdad. Y, lo más importante, la libertad no puede sostenerse si la entendemos como libertinaje por el que caemos en el vicio que nos esclaviza, sino que sólo podemos mantenernos verdaderamente libres eligiendo la virtud que nos eleva y nos mantiene libres. Por eso el poder no propone jamás la virtud que libera sino el vicio que subyuga, y así ofrece “libertades” compensatorias - en cuestiones de sexo, por ejemplo - mientras nos va arrebatando la libertad real. Retomo el relato bíblico. Los judíos, libres, sí, pero enfrentados a las consecuencias de la

libertad en el desierto, comenzaron a murmurar: “Ojalá el Señor nos hubiera hecho morir en Egipto cuando nos sentábamos delante de las ollas de carne y comíamos pan hasta saciarnos” (Gen., 16, 3). ¡Qué triste! ¿Es un estómago saciado el precio de la libertad, es decir, el precio de la esclavitud? ¿Está esta actitud restringida a un momento de desesperación o, por el contrario, muestra un rincón del corazón humano? Presentado el falso dilema de libertad o seguridad, ¿qué elegimos? ¿Puede extrapolarse este sentimiento a la de los súbditos del Estado de Bienestar que, llevados del temor a no ser capaces de salir adelante por sí mismos, sacrifican su libertad a cambio de una apariencia de seguridad?

Jouvenel describió extraordinariamente bien esta relación. Tras mencionar que en otros tiempos “la plenitud de la libertad implicaba la plenitud del riesgo”, describe así la sociedad actual: “El rasgo psicológico característicos de nuestro tiempo es el predominio del temor sobre la confianza en uno mismo. El obrero tiene miedo de quedarse sin trabajo, miedo de una vejez sin ahorro. Por eso reclama lo que se llama hoy “seguridad social”. No menos asustadizo se declara el banquero (...). Todos los individuos, todas las clases tratan de apoyar su existencia individual en el Estado, tienden a tomarlo como asegurador universal (...). Si, por un lado, la inseguridad, al generalizarse, genera también la predisposición a soportar la autoridad, por otra excita y anima al Poder”. Por eso Jouvenel realiza una advertencia preclara: “No es necesario demostrar que cuando se busca la seguridad lo que se encuentra es el Estado totalitario”⁶.

Luego la primera respuesta a la pregunta planteada de dónde están los defensores de la libertad es que la libertad tiene menos defensores de lo que creemos, lo que nos lleva a creer que Napoleón, un tirano ciertamente exitoso (para los estándares de los tiranos) y un frío, casi glacial analista de los resortes del poder y del dominio, quizá acertaba cuando afirmaba que “la gente lucha más por sus intereses que por sus derechos”.

En segundo lugar, nos encontramos dentro de nosotros mismos con un enemigo de la libertad sutil pero mortal: el conformismo. En efecto, en las sociedades occidentales el antónimo de la valentía no es necesariamente la cobardía, sino el conformismo. Conformarse es, según el DRAE, “reducirse, sujetarse voluntariamente a hacer o sufrir algo por lo que se siente alguna repugnancia”. Si una minoría ruidosa y violenta nos impone ideas abiertamente absurdas pero aparentemente mayoritarias, nos conformamos; si nos impiden salir de nuestras casas o nos obligan a llevar mascarillas por la calle, nos conformamos; si nos suben los impuestos o la luz, nos conformamos; si nos exigen permisos para todo, nos conformamos. Esta falta de reacción, este exceso de ductilidad es tremendamente pernicioso. Así como un metal dúctil admite grandes deformaciones en frío sin llegar a romperse, un ciudadano dúctil admite deformar su propia naturaleza, sus libertades y sus derechos sin romperse, sin oponer resistencia, sin inmutarse. No obstante, cuando la norma es flagrantemente injusta y liberticida y la tiranía llama a las puertas, el ciudadano que quiere seguir siendo libre no puede ser dúctil sino que debe reaccionar, ejercer presión, llegando en último término a la pacífica resistencia civil que tan exitosamente practicaron Ghandi o Martin Luther King, pero tan difícil de imaginar en nuestras acomodadas, conformistas, anestesiadas, opulentas y cada vez menos libres sociedades occidentales. En caso contrario, el tirano continuará deformando y socavando la dignidad del hombre, antaño libre y orgulloso de serlo.

⁶ Sobre el Poder, Bertrand de Jouvenel, Unión Editorial 2011

Queridos amigos: la libertad, inmanente al ser humano, es el don más precioso que nos ha dado Dios. La libertad otorga al hombre la capacidad de desarrollarse en plenitud, de tomar parte en su propio desarrollo y perfeccionamiento, y, sobre todo, de poder amar. En efecto, del mismo modo que Dios quiso que el hombre completara la Creación con su ingenio y su trabajo, Dios también quiere que el hombre, mediante el ejercicio de su libre voluntad, camine hacia la perfección haciendo buen uso de su libertad. Porque sin la libertad de optar por el bien que le permite seguir siendo libre el hombre no puede alcanzar su plenitud, venciendo el egoísmo con la generosidad, la pereza con el esfuerzo, la mediocridad con el trabajo bien hecho, la mentira con la verdad, la intolerancia con el respeto, la violencia con la paz, el resentimiento con la magnanimidad, y el miedo con la confianza. Sin libertad el hombre no puede amar, y sin amor el hombre no es.

Termino ya. Un gran enemigo de la libertad, del que poco se habla, es el miedo. El hombre vuela libre cuando no teme, por lo que los enemigos de la libertad quieren que permanezca en el temor. Este temor puede tomar varias apariencias: puede ser el temor a no saber ganarse el sustento, haciéndole creer que depende del Estado, o el temor a un apocalipsis climático que nunca llega, haciéndole creer que debe volver a la Edad de Piedra para sobrevivir, o el temor a un virus, haciéndole creer que sólo estará a salvo si se somete a todo tipo de normas arbitrarias y estrafalarias decididas por la política de apariencias o el desmedido afán de lucro de algunas empresas farmacéuticas. Desde el albor de los tiempos, el poder político ha utilizado con frecuencia un eficaz sistema para lograr dominar a los pueblos: primero crea un miedo artificial que supuestamente les amenaza; luego muestra a quién deben culpar de esa amenaza; y finalmente se ofrece como salvador. Los nazis escogieron a los judíos, los comunistas a los propietarios, los yonquis de la guerra al “enemigo”, y los nuevos totalitarios al cambio climático y a un virus, exagerando hasta el esperpento la peligrosidad de ambos. Ellos muestran aquello que debemos temer, eligen un cabeza de turco y finalmente se ofrecen como salvadores mesiánicos. “Sólo hay dos palancas para mover a la gente: el miedo y el interés. Cualquier revolución importante debe recurrir al miedo”, decía Napoleón. En este sentido, la presente ofensiva totalitaria, que gira alrededor del miedo, tiene tintes revolucionarios. El miedo impide pensar y lleva a la ira, que es a su vez redirigida contra los chivos expiatorios seleccionados *ad hoc* de modo que los nuevos amos puedan explotar el *divide et impera*. En este sentido, la epidemia ha sido un exitoso experimento totalitario: una sociedad previamente debilitada y vaciada de valores permanentes, y debidamente acobardada por una bárbara campaña de terror mediática y su bombardeo diario de historias de terror magnificadas, consiente mansamente una violación permanente de sus derechos y libertades y una destrucción completa de la razón y de la lógica. Así, llegamos al extremo de que la voz humana se sustituye por el balido del borrego, y la protesta, por el silencio; el orgullo queda reemplazado por la sumisión, el servilismo y la obediencia ciega, y el frondoso bosque de la libertad bajo cuya sombra florecían el hombre y la familia se transforma en un erial triste, árido y gris aplastado por el puño de hierro del Estado tiránico. Este proceso de despersonalización recrea a un ser humano que deja ya de ser criatura libre para robotizarse, convirtiéndose en alguien programable que actúa mecánicamente, con la voluntad anulada, sin voz ni pensamiento propios.

He citado en numerosas ocasiones a Burke: “Lo único que necesita el mal para triunfar es que los hombres buenos no hagan nada”. Esta frase tiene hoy más fuerza que cuando se pronunció. No podemos permitir que la libertad sea un lejano recuerdo que contemos a nuestros nietos con nostalgia mientras éstos se preguntan en silencio por qué sus abuelos no hicieron nada por defenderla. Ésta es una reunión de hombres buenos: no permitamos que por

nuestra inacción el mal y la tiranía continúen avanzando. No necesitamos embarcarnos para luchar en tierras lejanas ni realizar proezas heroicas dignas de una epopeya, sino combatirlo en nuestro entorno más inmediato sin olvidar que el primer combate se librará dentro de nosotros mismos, combatiendo la autocensura, venciendo nuestros temores, siendo fieles a la verdad y buscando el bien que nos mantiene libres. Sólo habiéndonos vencido a nosotros mismos podremos afrontar el buen combate por la libertad con la confianza de que la victoria es nuestra.

Fe ciega en el triunfo.

Muchas gracias.

Fernando del Pino

fpcs.es